

---

## Resumen del viaje – Suecia 2002/2003

Queridos amigos,

Como ya de costumbre, aquí tenéis mi “famoso” resumen de viaje.

Esta vez hay algunas novedades: mi compañero de viajes no era el mítico Giuva, sino una chica guapa, y con más precisión mi chica, Jenny.

Todo nace en una mañana de septiembre, cuando Jenny me llama para preguntarme si quiero pasar las vacaciones de Navidad en Suecia con ella; Jenny irá allá tras 10 años de ausencia. Su idea es quedarse unos días en casa de su abuela, en Estocolmo, y luego pasar un fin de semana en la nieve en algún lugar del norte, probablemente en Sälen. Acepto muy contento y para comprar el pasaje Jenny sugiere la Sterling, una empresa danés de bajo coste que de hecho ofrece en promoción un pasaje ida y vuelta a 150 euro (para los amigos de Sur América: \$160).

En principio contactamos al tío de Jenny, con quien no nos entendemos bien y que, a finales de noviembre, aún no tiene ninguna de las informaciones que necesitábamos. Empezamos entonces una frenética búsqueda en Internet de algún lugar interesante que nos ofrezca albergues y pistas de fondo, pero eso resulta ser bastante complicado: las páginas no se hallan fácilmente, y todo sale en noruego/finlandés/danés... de todos modos, después de luchar tanto, y con la ayuda de las traducciones de Jenny y del Babylon Translator, ojeando la guía EDT en librería (que dedica tan solo una página al tema) y tras varias llamadas a los hostales, albergues y agencias de turismo (turistbyrå, por mejor decir), decidimos pasar el 2, 3, 4 y 5 de enero en Mora (que se lee Mura), para luego trasladarnos un día a Orsa (lee: Uxa en catalán/gallego o Usha en inglés) y Orsa Grönklitt para ver los animales en su entorno invernal (los así dichos “djuren i vintermiljö”).

Así hacemos, y el 29 de diciembre dejo mi Belluno, donde estaba por Navidad, y voy a Milán; al día siguiente, sale de Orio al Serio (Bergamo, a una hora de Milán hacia este) mi avión para Copenhague y luego Estocolmo. Jenny ya está en Suecia desde hace el 22, y allá me veré con ella y su hermana Francesca; también conoceré a las amigas de Francesca, que viven en Parma y que van a llegar en la capital un día antes que yo.

El viaje en el autobús (con salida el día 30 a las 9.30am) es muy divertido. Me siento en las primeras hilas, y poco tiempo después toman asiento un señor italiano que comercia con Dinamarca, una señora del norte de la provincia de Milán casada con un danés, y un chico de Sicilia con destino a mi desconocido.

Los dos señores empiezan enseguida a conversar entre ellos, pero se le nota al siciliano unas ganas de entrar en la conversación! A un cierto punto, el tema va de la diferencia entre quien asiste a los ancianos en una oficina, burocráticamente, y quien opera físicamente para ellos, como Médicos sin Fronteras; el siciliano se sale entonces con: “claro, la diferencia es sutil, pero modestamente he estudiado esas cosas y se que para dar asistencia a los ancianos hay que ser paradiplomado profesional...” Todo el mundo queda en silencio, intentando entender que diablo sea

un “paradiplomado”, además profesional y no profesionista, y contestan con un vago y poco convencido “claro, claro...” mientras yo, unos asientos más atrás, me parto el culo por las risas intentando disimular el todo. El chico no para, e intenta llamar a la atención en dos maneras: la primera es cuando afirma con mucha convicción que “si no sabes el inglés, en Dinamarca no te mueves”; y la otra es aun más bonita. El señor italiano había comprado dos billetes para el bus, pero sólo le hacía falta uno; el chico entonces le ofrece de pagárselo, tras preguntarle previamente si el billete de ida cuesta igual a el de vuelta. Obtenido la obvia respuesta afirmativa, saca su cartera y llena las manos de pobre hombre con mil pesadas monedas de medio euro y 20, 10, 5 cents... hasta que el hombre no aguanta más y al final le dice nervioso: “bueno, ya!” y le vende el billete a mucho menos.

El show se acaba, y sobre las 10.30am estamos en el aeropuerto. Un enorme edificio en el medio de la nada, al lado de la autopista Milán-Venecia. Busco mi vuelo, y lastima!, descubro que está atrasado de una ora: ya no sale a las 12.50am sino a la 1.45pm.

Doy vueltas y vueltas por el aeropuerto, espero a que abra el check-in, entrego la maleta, y salgo otra vez para matar el tiempo; frente a mi, al otro lado de la autopista, hay un “Orio Center”, que no sé como alcanzar; así esperando, viene la hora, y el embarque! La única consolación es que Sterling me dejaba esperar muchas horas en Copenhague, y con ese retraso iba a esperar un poco menos allá.

Llego en la capital danés, y veo la primera nieve del 2002: transportada por el fuerte viento, se apoya en el suelo para luego ser arrastrada lejos y seguir en su incesante carrera, mientras por mi ventanilla miro un hombre que con fatiga y en el frío saca las maletas del avión. Y hablando del avión: el asiento que me asignan es un desastre completo, ya que se trata del 32F, el ultimo en cola, NO RECLINABLE! Las bebidas hay que pagarlas, y la comida consiste en unos guisantes semicongelados en mayonesa más bocadillo con roast-beef del polo norte!

Tengo que esperar varias horas antes de mi vuelo a Estocolmo, y veo todo el aeropuerto. Una cosa muy extraña es que esos daneses parecen amar la paz, la calma, el silencio: no se oye un grito, ni un ruido, y además ni te anuncian los vuelos: hay que mirar simplemente la pantalla de uno de los numerosísimos monitor para saber cuando ir al gate.

Por fin salgo, y ya es de noche porque el sol muere a las 4pm (y la situación empeorará cuanto más vaya al norte). A las 6.50pm me embarco y esta vez el avión es muy bonito y cómodo. Entreveo el nuevo puente que conecta Dinamarca con Suecia, y llego en Estocolmo sobre las 9 de noche, donde me acoge una refrescante temperatura de -16 grados centígrados. Afortunadamente, en mi viaje a Perú me compré varias cosas de alpaca, que nunca me puse por el demasiado calor que daban. Hoy es el momento de estrenarlos, y me abrigo todo, como un guerrero en batalla, con sudadera, bufanda, guantes y gorra. Compró el billete del bus para ir a T-Centralen (que se lee tí-sentrólen), la parada en el centro de la ciudad; allá estoy una hora después, y sé que Jenny debería de estar allá esperándome, pero miro y miro, y no veo a nadie. Cruzo la calle poniendo mucho cuidado en no deslizarse sobre la espesa

nieve, y veo un edificio y sobretodo una cara bonita que mira hacia fuera como si estuviera en un escaparate: es mi Jennyna, que por fin puedo volver a abrazar tras tantos días de distancia.

Tomamos juntos la metro que nos lleva a la casa de la abuela de Jenny, la señora Margareta que todo el mundo llama Mormor (Múrmur, “abuela” en sueco). Estamos en Vårby gård (“vorbi gord”), un pueblo a unos 30 minutos del centro de la ciudad, cercanos a un lago totalmente helado e inmersos en un entorno nórdico espectacular.

Después de 15 minutos paseando al frío intenso y en la nieve, nos acoge la abuela, y no obstante me haya estudiado un montón de frases típicas en el aeropuerto de Copenhague, no me sale nada a parte un simple “Hej” (hola). No me gusta mucho no controlar un idioma extranjero, y se me nota. Mormor es muy amable, la casa muy grande y bonita, y por la primera noche arreglamos nuestras cosas en una habitación cerca de la de Mormor y de la mamá de Jenny; debajo de nosotros duermen Franci y sus dos amigas, Elisa (muy simpática y no muy delgada) y Alessandra (no feísima, pero pija (fresa), y la cosa no me gusta nada).

Estamos cansados, y vamos a dormir sin hacer mucho aquella noche, porque aun tengo que deshacer la maleta y organizarme para el gran frío.

Ya es el 31 y tomamos acordes para la fiesta de noche vieja: claro, ya lo teníamos pensado todo! En diciembre me puse e contacto con una vieja amiga de correo electrónico, Linda, que vive en Estocolmo y con quien casi nunca me escribo (a menos que sea para cosas de música o para mis resúmenes de viaje) para preguntarle lo que me aconsejaba por noche vieja en cuanto a locales o fiestas. Ella entonces nos invita a casa de su amiga Alju para cenar y luego ir al centro para ver los fuegos artificiales. Aceptamos gustosos y la mañana del 31 tenemos la confirmación de dicha fiesta aunque la sede ha cambiado: vamos a ser menos y estaremos en casa de Linda.

Contentos y curiosos por saber lo que nos esperará en la fiesta, comemos en casa un delicioso “pytt i panna”, osea patatas y carne mezcladas y usamos la tarde para ver todo lo que no pude visitar en mi anterior visita, en el 1999 cuando fui a Finlandia a ver a mi súper amiga María Xouba. Esta vez vamos a Skansen, cerca del Vasa Museet, un gran parco de colinas en que trasladaron muchas casas del 1800 y que ahora representa una especie de “El Pueblo Sueco”: hay casas, torres, parques, juegos, molinos, y un zoo en que se pueden admirar renas, alces, lontras, focas.

El lugar es muy encantador, aunque no es fácil resistir a la temperatura de -18 grados no obstante mi supertraje invernal multicapa. Los aparatos electrónicos sufren mucho, y de hecho mi cámara fotográfica compacta va muy despacio en cualquiera operación y más de una vez se apaga sola.

Skansen es muy típico y mono, pero a las tres de la tarde tenemos que irnos porque el sol ya se ha ido y queremos calentarnos un poco antes de volver a la ciudad para la cita de las 7. No se como podremos aguantar media hora parados en el frío para mirar los fuegos artificiales!

Llegamos a casa de Linda sobre las siete y media, tras equivocarnos de camino un par de veces y habernos olvidado el mapa en casa, y el encuentro es de verdad increíble.

Una vez enfrente a la puerta de su casa, timbramos y quien nos abre es una chica que nos mira como si fuéramos unos locos salidos del manicomio. Se queda sin hablar, nos observa detenidamente, y ni yo sé bien que decir; afortunadamente, Jenny, la chica de las relaciones públicas, se enrolla un poco con ella preguntándole si Linda es ella, y tal, y cual (eso creo, ya que se hablaban en sueco, como decir, “allt på svenska”). Nos presentamos, por fin, entramos y veo a otras cuatro chicas muy intentas en la cocina, ninguna de las cuales parece intencionada a saludarnos. Vamos al salón para ver como es el ambiente, y Linda nos para, diciéndonos que antes deberíamos de ir a conocer a las demás personas... al final somos en 7, pisándonos los pies entre mayonesa, carne y electrodomésticos.

Mientras tanto, el menú ha cambiado totalmente con respecto a la última mail: ya no es tex-mex, sino algo totalmente futurístico. Sólo hay que sentarnos y probar.

La cena llega, mientras el Winamp dispara a toda máquina música varia: nada mal, diría, con gambas y mayonesa, tortilla de patatas, carne con espárragos, pero que pena por la falta de fruta y dulce! La conversación es toda en inglés, para que yo también pueda decir algo, pero la pobre Alju se queda sin palabras todo el tiempo... pobre chica! Pero quiénes son los invitados?

A mi izquierda está sentada esa chica, cuyo nombre fue inventado por los padres y de hecho creo que es el único en el mundo: es bastante tímida, calladita, tranquilita, pero mona y simpática; luego, viene Katinka, una chica bien puesta y totalmente fuera de cabeza! Muy simpática, siempre contaba chistes y tomaba el pelo a las personas de forma muy alegre y ligera: ha sido bonito “luchar” con ella, y ha animado toda la noche, sobre todo con sus divertidos monólogos. Luego viene una súper rubia, a lo mejor de orígenes australianas, con sus discursos políticos de escala mundial; luego tenemos otra chica rarilla: durante cinco minutos parece muy interesada a la conversación, durante los cinco minutos siguientes está completamente perdida, con la mirada en el infinito cósmico... a su derecha, Linda, toda de negro, tal vez con el intento de aparecer menos imponente en su físico. Cierra el círculo mi Jenny, única persona normal.

Con estos actores, la noche sigue bien, y al final cantamos, bailando alrededor de la mesa, canciones de Navidad suecas como “små grodorna” (smó grúdena), imitando los sapos y sus cra cra cra, tal como dice la canción.

Casi son las doce, y empieza la operación “Fuegos artificiales”. Nos superabrigamos, aunque por suerte sólo hay -6 grados, y vamos con la metro a Slussen, un poco más al sur del casco antiguo. Salir es muy peligroso, porque la plaza está llena de adolescentes que aman lanzar explosivos de cualquier tipo en el medio de la gente, para no hablar de quien dispara objetos a forma de misil un poco en alto, un poco en diagonal. Huimos literalmente dos veces para no ser golpeados por el fuego de fiesta improvisamente enemigo y, con bastante esfuerzo, alcanzamos un lugar bastante tranquilo en donde el grupo se reúne. Un pequeño paseo nos va a llevar un poco más en alto, para poder ver con mirada panorámica todo el puerto, el casco antiguo y

Skansen, los tres puntos principales de que originarán los fuegos. El paseo tampoco es bonito, porque de vez en cuando caen al suelo razos, girándolas, chispas, llamillas, y se ven personas escapar, gente saltar; miramos más arriba que adelante, para intentar cambiar dirección en base a las peligrosas trayectorias luminosas.

De pronto, a mano izquierda se me abre una puerta: es un efecto especial creado por los amigos de Linda, que nos llevan a un cortil interior privado de un restaurante, protegidos por casas y de los razos locos, y que se abre al puerto con vista estupenda.

Tenemos los relojes sincronizados, ya que pocos minutos antes Katinka había llamado el servicio de “hora exacta”, y, con el espumoso en mano, me visto de cronometro oficial. -5, -4, -3, -2, -1... Feliz año nuevo! Los fuegos de artificios crecen hasta volver la ciudad un unísono de rumor, silbatos, explosiones, mientras Estocolmo se llena de luces de mil colores: sacamos las fotos, brindamos, admiramos el espectáculo y saludamos en alegría el nuevo año apenas nacido.

Una media hora después, volvemos sobre nuestros pasos, aun con las botellas en mano, observando con curiosidad Alju, que se ha vestido de forma muy ligera, tiembla por el frío y tiene que contrastar los ataques de un tío que lo intenta continuamente con ella; al final, la pobre pierde un guante también!

A los sonidos de las explosiones se suma el de las sirenas de la policía, que baja en velocidad de los coches para detener a los pirómanos enloquecidos, y nosotros decidimos ir a tomar el metro a la parada siguiente para evitar sufrir daños físicos.

Nos despedimos, contentos por habernos visto, y de repente Linda parece contenta de haberme conocido, me abraza, no me suelta, agradece nuestra visita, me pregunta de quedar en contacto. Muy rara, esa Linda, pero simpática! Katinka también se despide con un “gordo” abrazo, y casi desaparezo en sus brazos...

Jenny y yo vamos por otras rutas, pero por casualidad llegamos a una entrada trasera de la parada de Slussen, donde no hay nadie: podemos volver a casa sin problemas, aunque en el metro hay gente que canta, gente que baila, chicas que vomitan todo y lloran, viejitos que miran asustados, turcos, africanos, griegos que se intercambian los saludos y las felicitaciones en una multitud de idiomas desconocidos.

Una vez en casa, vamos a dormir en el piso de arriba, muy aislada y caliente, pero hay un pequeño problema: el aumento de la temperatura causado por el calentador eléctrico, encendido por la ocasión, despierta un nido de avispas, y en el cristal aparecen una, dos, tres, cinco avispas totalmente atontadas, que casi ni pueden andar (volar sería imposible) y que de todos modos nos preocupan bastante.

Estamos cansados, y al final, aunque con muchas dudas, decidimos quedarnos allá y festejar noche vieja a nuestra manera ☺.

La mañana siguiente, sobre las 12, nos despertamos y lo primero que escuchamos es el sonido de las avispas, más y más despiertas. Esta vez no perdemos tiempo, y bajamos bastante rápidos para escuchar en la tele el tradicional concierto de principio de año; luego, la televisión transmite un documental sobre el resumen del año de los reales de Suecia y de sus hijas, y la historia de la escritora de Pippi Calzaslargas, que falleció este año.

En la primera tarde salimos para pasear al borde del lago helado, y allá alrededor hay muchos juegos para niños, y un chisme extraño a forma de V volcada y basculante en el vértice. Intentar sentarse en la base del juego es muy complicado, porque el asiento es muy alto; al primer intento, mando Jenny al suelo, mientras la pobre intentaba sentarse por el otro lado, pero luego subo como el hombre araña y nos volvemos niños durante diez minutos! Mientras tanto, las amigas de Franci nos alcanzan y empezamos a jugar a pelotas de nieve.

De noche, varios juegos de sociedad y luego ya, a arreglar la maleta: es el primer día de enero y al día siguiente saldremos para Mora.

Llegamos allá en autocar, después de un viaje tranquilo y muy bonito en la naturaleza sueca: árboles, nieve, y luz difundida por el sol siempre bajo en el horizonte.

En Mora son las 6 y media de la tarde, y el sol ya se ha ido. Bajamos frente a la oficina de turismo, ya cerrada desde hace tiempo, y andamos durante casi media hora hasta alcanzar el centro del bonito pueblo, donde nos espera una cama en el First Hotel. En el ascensor, un cartel indica la temperatura exterior: hay -14 grados.

Nos arreglamos un poco en la cama, luego salimos, porque en Suecia se come y se cena muy temprano y los restaurantes cierran sobre las 9 de la noche.

Damos la vuelta a las pocas pero bonitas calles del pueblo, creyendo encontrar varias opciones, ya que estamos en un sitio de turismo. Sin embargo, no encontramos nada, y nadie, a parte tres chicos, todos vestidos iguales, que a su vez dan vueltas en el pueblo. Yo sigo deslizándome, ya que mis zapatos de tenis no tienen nada en la nieve totalmente helada, y confío plenamente en el brazo de Jenny, que cada dos minutos tiene que recogerme al vuelo; en una calle, uno de estos chicos de antes me para y me pregunta en sueco si hay algún lugar para cenar! Yo le contesto en inglés que no tengo ni idea y él, bastante enojado, me manda al carajo. La situación se hace interesante: parecemos seis supervivientes en una ciudad fantasma, todos en busca de comida! Por fin encuentro a un indígena, uno solo, que nos habla de tres lugares donde cenar: un restaurante (que pero descubrimos con precios inalcanzables) y dos pizzerías/pub, donde se puede comer kebab, felafel y algunos platos típicos suecos. También habíamos visto un restaurante chino, pero pedían 10 euro (US\$ 12) para un pollo con almendras!

Vamos pues a cenar en “Erkut”, una pizzería del turco Ahmed; una vez que él se da cuenta de que somos italianos, no pierde tiempo y nos pide la traducción de todas las pizzas con nombre italiano, y también una sugerencia de un nombre de pizzería para cambiarlo, ya que ese famoso(?) escritor turco no parece atraer mucha gente. Lo único que nos sale es “Il sole italiano” y “La bella Venezia”, nombres que no parecen convencer nuestro amigo, pero vaya, siempre mejor de Erkut!

Al día siguiente, nos espera nuestra primera excursión en los esquíes de fondo! Mora es el punto de llegada de la famosa Vasaloppet, que tiene origen en Sälen, a 90 km de distancia; la carrera tiene lugar desde hace el 1922 cada primer día de marzo y ha visto la participación de muchos hombres famosos a nivel mundial, como el noruego Dhaelie o nuestro italiano Maurizio De Zolt.

Son las 10, el sol se ha puesto desde hace media hora. Vamos a Intersport, y por 8 euro (US\$ 10) al día alquilamos nuestros esquís y los zapatos. La pista empieza a casi un km del albergue, y no hay nadie. Empezamos pues un maravilloso recorrido en la naturaleza, pasando a través de un camping, en los bosques, al borde de unos laguitos congelados, donde el único ruido que se oye es nuestro andar. Hace mucho frío, el termómetro indica la espantosa temperatura de  $-22$ , pero nos hemos abrigado bien: en los pies tengo los zapatos, calcetones y calzamalla. En el pecho tengo una malla de lana, una camiseta de algodón a mangas cortas más otra camiseta antiviento deportiva más jersey de alpaca más anorak. Además, llevo gorra de alpaca, bufanda de alpaca y guantes gordos. Jenny no hace menos, y muestra un completo multicapa en que se cuentan como mínimo 7 zip una por encima de otra, y su cara está tan cubierta que sólo salen al aire las gafas (los anteojos) de su dulce cara...

El recorrido inicial es obligatorio porque solo tres km más allá se puede elegir la ruta: una vez llegados, sin embargo, hay un montón de posibilidades. Hay rutas de 1.5, 3, 5, 8, 10, 15 y 90 kms, y tres recorridos más: rojo, amarillo, azul, respectivamente de 1.5, 5 y 10 kms. Elegimos el de 1.5 kms, que como destino pone "El-ljus", y es bastante fácil pero muy divertido. Media hora después, volvemos al trivio inicial, y aun tenemos ganas y fuerzas necesarias para seguir adelante. Esta vez vamos en el recorrido amarillo, de 5 kms, una vez más con destino "El-ljus". Aquí las cosas se hacen un poco más complicadas, y de hecho nos caemos en un par de cuevas abajo; muy a menudo el problema nace por la escasa visibilidad de la pista ya que, por el frío intenso, nuestro hálito se convierte en hielo que se deposita en el cristal de las gafas y ya no se derrita. El anorak está todo blanco por el frío, y los sobrecejos se cubren de una sutil capa blanca de nieve!

Aunque tan abrigados, y después de recorrer 9.5 kms ya, aun no hemos sudado nada, pero empieza a venir la oscuridad y tenemos que tragarnos los tres kms para volver al albergue! Muy contentos y satisfechos, vamos al hotel para salir enseguida: nos espera la muestra de Vasaloppet, que ofrece un interesante video sobre la historia de la carrera y de sus ganadores, además de todos los esquís usados a partir del 1922 (eran casi dos troncos con un chisme para apoyar el pié!). Un ordenador guarda todos los nombres de los participantes a la carrera, y de allá salen los nombres del tío y del abuelo de Jenny, que llegaron 2000 y 4000 tras 9 horas en los esquís (el ganador tardó 7 horas). El record hoy, con los medios modernos, es de casi cuatro horas.

Por la noche, otra vuelta en el pueblo: nos tomamos un té a las 6, intentando cuidadosamente entender los crípticos horarios de cierre de cada tienda (cada uno parece tener sus horarios, variable casi a diario!), y, siempre en derrape total, paseamos en las calles. Al acercarnos a una tienda, deslizo antes de una pequeña escalera y me llevo conmigo Jenny, así que caemos al suelo los dos!

Por cena, nos espera nuestro mítico Erkut y esta vez me tomo un bocadillo. En el albergue disfrutamos de los enormes recursos disponibles: sauna, piscina, hidromasaje (siempre cerrado), gratis después de las 7 de la noche. Y todo para 40 euro a noche (US\$ 50) cada uno!

Nos damos cuenta de que nos hemos olvidado los posters de Vasaloppet en el pub, que está a punto de cerrar! Me superabrigo, salgo corriendo, y alcanzo el bar. Digo, o, mejor dicho, intento decir dos palabras en sueco para que el señor del pub me entienda, y sólo puedo hacerle salir un enorme interrogativo en su cabeza. Dejo el intento, entro, tomo el poster, corro a casa y nunca me caigo! Por fin, ahora podemos descansar!

La sauna a vapor, que buen invento! Y la piscina también es tonificante. Sobre las 11 de noche, paramos, nos secamos, nos cambiamos, y con sorpresa descubro que ya no tengo las llaves de la cama. Me acerco a la piscina y las veo, allá dentro, en el fondo. Tengo que hacer los extraordinarios: otra vez en bañador, inmersión a dos metros de profundidad tras años que no hacía nada parecido, y recuperación de las llaves. Misión cumplida!

Me duele mucho la pierna izquierda, evidentemente he hecho una movida mala esquiando. De todos modos, no paramos, y al día siguiente estamos otra vez en pista, aunque durante menos de tres horas: es sábado 3, y en ese día las tiendas cierran todas a las 2 de la tarde; Intersport también.

Los mismos tres km iniciales, esta vez a -25, y con cámara fotográfica. Veo un cartel que me gusta, abro la mochila y al presionar la abertura de plástico, esa se me rompe por el frío. La de derecha hará la misma fin pocos minutos después, al cerrar la mochila.

Se me congelan las lentes, y al quitarme las gafas noto con miedo que están todos medios congelados! Evito, durante todo el día, quitármelos otra vez para que no se rompan como mi mochila. El entorno es espectacular y necesitaríamos mil fotos para describirlo; sin embargo, cada síngula foto es complicada porque tan solo quitarse los guantes de la mano es una lucha. La cámara es muy lenta, se apaga, se empaña... y todo eso hace nuestra presencia allá aun más bonita.

Esta vez sólo seguimos la ruta de 2.5 kms, y por fin entiendo por qué todas lleven a “El-ljus”!. En realidad, ese nombre significa que la pista está iluminada, y de hecho los faroles (“ljus” quiere decir luz) encendidos nos siguen durante todo el camino.

Sobre la una y media ya estamos de vuelta, y tenemos tan sólo media hora para buscar unos regalos, pero no encontramos nada que nos guste, a parte una tienda muy graciosa pero cerrada, bueno, supercerrada: a parte el cartel, una gruesa pieza de madera cierra la puerta, y, claro, no hay horarios de algún tipo.

Vamos al museo de un impresionista sueco nacido en Mora, de nombre Anders Zorn, y sus obras me gustan mucho. El único problema es andar, ya que la pierna izquierda me duele tanto que ni puedo hacer las escaleras! Allá Jenny descubre haber perdido un guante, probablemente en el paseo de la mañana hacia los monumentos de Zorn y Vasa. Vasa, en el 1600, fue a Mora para convencer a los habitantes de la zona a que lucharan contra los daneses que habían entrado a Estocolmo. Como no fue escuchado, Vasa tuvo miedo de ser capturado y matado y huyó a Sälen con los esquís. En realidad, la gente de Mora se lo pensó y decidió apoyar a Vasa, así que lo siguió y juntos volvieron corriendo, siempre con los esquís, de Sälen a Mora, para

organizarse, dando así origen a la “Vasaloppet” (carrera de Vasa). Luego, Vasa ganó la batalla y fue proclamado rey de Suecia.

De noche, cambiamos lugar para cenar y vamos a nuestra segunda elección, quizás mejor que Erkut; nos tomamos un pytt i panna, bueno pero no delicioso como el de Mormor, y observamos la juventud sueca, con las niñas que, para enseñar un poco más su feminidad, van sin guantes, sin bufanda, sin gorra, y algunas hasta en falda! Felicitaciones por el valor.

Vamos a ver el otro lago helado, el de Orsa, a un par de kilómetros del hotel, y al volver Jenny encuentra su guante! Contentos, decidimos hacer una sauna una vez más, que esta vez está cerrada y no logramos hacérsela abrir no obstante al día anterior estuviera abierta durante mucho más tiempo.

Las vacaciones en la nieve se acaban, y al día siguiente nos espera el autocar para Estocolmo. Hay -14 grados (“sólo -14!”, dice el cartel del ascensor), nieva, y por última vez disfrutamos del mega desayuno incluido: pan de cada tipo, yogur, te, embutidos, huevos, panceta, nos ponen de buen humor. Luego, media hora en la nieve en dirección de la oficina de turismo (que abre de las 10 a la una!), y sobre las 5 de la tarde estamos en la capital.

Por la segunda vez, Papa Noel viene a casa de Mormor (ya nos había hecho la sorpresa cuando llegamos), y me regala una vela para cenas románticas, un “reflex” (catarifrangente a forma de dinosaurio para ser visto por los coches, y que se compra en farmacia!), y el fantástico Julmust (bebida similar a la coca-cola y disponible en las tiendas sólo por Navidad, que se dice “jul” en sueco). Por fin, rehago totalmente la maleta y ya estamos listo para volver a Milán, esta vez todos juntos a parte la mamá de Jenny, que se quedará allá durante unos días más.

Por mala suerte, el avión de Sterling es a las 7.50 de la mañana, así que nos levantamos a las 4 y media, desayunamos, nos despedimos de los parientes y vamos en un combi hacia Arlanda, el aeropuerto. Llegamos con la justa antelación, que resulta exagerado cuando, ya en el avión, nos comunican que en Copenhague hay una tormenta de nieve y el aeropuerto está cerrado hasta las 11 de la mañana. Saldremos con dos horas de retraso, para alcanzar la ya soleada capital danés a las 10.40 y ponernos todos en cola: no hay sitio para aparcar el avión y así se crea un enorme atasco en la pista, donde cada avión espera su turno. Nosotros esperamos así durante una hora, y ya son las doce. Despegamos para Bergamo con el mismo avión pero otra tripulación, que aún está atascada. Por fin, nuestro vuelo está listo, pero ya no son las 9.50 como previsto, sino las 2 y media de la tarde; estaré en Milán sobre las siete, bajo un fresco llovizno.

Las vacaciones se acaban de realidad, y al día siguiente ya estoy en el trabajo. Vacaciones muy bonitas y muy románticas!

Hasta pronto, como siempre, para otras maravillosas aventuras!

